



Revista de Ciencias Sociales (Cr)

ISSN: 0482-5276

revista.cs@ucr.ac.cr

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

Morera Herrera, David

CRÍTICA A LA AMBIVALENCIA POSTMARXISTA

Revista de Ciencias Sociales (Cr), vol. II, núm. 120, 2008, pp. 81-100

Universidad de Costa Rica

San José, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15312721008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## *CRÍTICA A LA AMBIVALENCIA POSTMARXISTA*

## *CRITICS ABOUT THE POST-MARXIST AMBIVALENCE*

David Morera Herrera\*

### RESUMEN

El autor debate una serie de conceptos y postulados de lo que denomina genéricamente la corriente post-marxista, que se auto identifica como contestataria, y que se extiende particularmente en la década de los noventa del siglo XX. Este enfoque post-marxista pretende revisar, superar o diluir algunos ejes del paradigma marxista, fundamentalmente la centralidad de las clases sociales en el mundo contemporáneo y la lucha de clases como motor del cambio social. En ese marco, este enfoque se apropia y construye sus teorías sobre la base de nuevas y no tan nuevas categorías tales como globalización, sociedad civil y ciudadanía, dándoles diversos contenidos. El autor trata de identificar a qué responde ese movimiento intelectual, cuáles son sus alcances y limitaciones; además, lo confronta, procurando reivindicar la esencia radical del pensamiento marxista.

*PALABRAS CLAVES:* MARXISMO \* DEBATES \* GLOBALIZACIÓN \* CIUDADANÍA \* MOVIMIENTOS SOCIALES \* CLASE OBRERA

### ABSTRACT

The author discusses a number of concepts and tenets of what is generically called the post-Marxist current, which self-identifies as contestatory, and that extends particularly in the nineties of the twentieth century. This post-Marxist approach aims to review, dilute or overcome some axes of Marxist paradigm, primarily the centrality of social classes in the contemporary world and the class struggle as an engine of social change. In that context, this approach appropriates and builds his theories based on new and not so new categories such as globalization, civil society and citizenship, giving them different contents. The author attempts to identify to what responds this intellectual movement, what are its achievements and constraints, also, he faces it, trying to claim the radical essence of Marxist thought.

*KEY WORDS:* MARXISM \* DEBATE \* GLOBALIZATION \* CITIZENSHIP \* SOCIAL MOVEMENTS \* WORKING CLASS

---

\* División Educación Rural, Universidad Nacional (UNA), Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Costa Rica (UCR).

---

damohe@costarricense.cr

PRIMERA PARTE:  
GLOBALIZACIÓN Y SOCIEDAD CIVIL

“Estamos con los puños cerrados, pero  
con las manos en los bolsillos”

*Rosa Luxemburgo*<sup>1</sup>

Luego de la caída del Muro de Berlín y el proceso subsiguiente de desplome de los regímenes estalinistas en la ex Unión Soviética y Europa del Este, denominados por la jerga periodística del “socialismo real”, cundió un profundo desconcierto entre las personas intelectuales y académicas que estuvieron ligadas o gravitando cercanas a la izquierda social y política. No pocos abandonaron los viejos paradigmas marxistas, o plantearon la necesidad de su completa reformulación.

Al mismo tiempo, las y los ideólogos más connotados de la derecha se lanzaron enérgicamente a la ofensiva, e incluso llegaron a afirmar, como Francis Fukuyama, que los cambios profundos acaecidos a fines de los ochenta inauguraban “el fin de la Historia”, en virtud de que con la “caída del socialismo real” suponían que el capitalismo y la “democracia representativa occidental” que se le asocia, triunfan así definitivamente como modelo económico social y político global.

Paralelamente a escala planetaria se impone una intensa contrarreforma neoliberal, que implica el deterioro sustantivo, en distintas latitudes y con ritmos diversos, de las conquistas o derechos sociales, asociados al Estado keynesiano de la segunda posguerra. Se provoca un deterioro generalizado de las condiciones laborales en el orbe y una caída acelerada de las

tasas de sindicalización y en general del poder del movimiento obrero, que sometido al doble embate del neoliberalismo y la pérdida de referentes ideológicos sólidos, luce en franco retroceso y/o adaptación.

Al mismo tiempo lo que el ex-Presidente norteamericano Bush padre llamara en su momento “el nuevo orden mundial”, posterior a la desaparición del llamado orden bipolar de Yalta y Postdam, reafirma la hegemonía indiscutida de los Estados Unidos a escala planetaria, lo que se pone de manifiesto con la primera Guerra del Golfo Pérsico (1991) y luego con la guerra y ocupación de Yugoslavia (1994).

Tenemos entonces un escenario, derivado de la correlación de fuerzas a escala internacional que se produce post-derrumbe del Muro de Berlín, que nos plantea en el terreno ideológico dominante y en general en la opinión pública, la idea de la supremacía indisputada e inexorable del capitalismo como sistema mundial, de la democracia representativa en el terreno político, de la ortodoxia neoliberal en el terreno económico, y del nuevo orden mundial bajo la égida unipolar norteamericana.

En ese contexto, se desarrolla un proceso en los medios intelectuales y académicos que busca ponerse en sintonía con “el estado de ánimo” prevaleciente en la década de los noventa. Al decir de James Petras: “... los intelectuales siempre han sido muy sensibles a las oscilaciones del péndulo del poder”<sup>2</sup>, y este caso no es la excepción. Si el poder del movimiento obrero y el marxismo estaban más debilitados o cuestionados que nunca, eso explica en buena parte la huída de intelectuales y académicos hacia nuevas posiciones políticas e ideológicas, más acordes con la correlación de fuerzas ya señalada.

A propósito del libro *Globaloney* de James Petras, el psicólogo y dramaturgo argentino Eduardo Pavlosky que escribe su presentación a la edición castellana, manifiesta:

... la hegemonía cultural conquistada por el imperialismo entre los intelectuales,

1 Rosa Luxemburgo (1871-1919), destacada dirigente del movimiento obrero alemán, polaco e internacional, fue una de las líderes de la ala izquierda de la II Internacional y estuvo entre las fundadoras del Partido Comunista Alemán. En enero de 1919 fue encarcelada y finalmente asesinada en virtud del aplastamiento de una insurrección obrera. Citada por Arcary, Valerio: “Cinco polémicas sobre los pronósticos del Capital y el balance de la Historia”. *Revista Herramienta*. Buenos Aires, Argentina, octubre 2003: 2.

2 Petras, James. “Los intelectuales en retirada”. *Revista Nueva Sociedad* 116, noviembre-diciembre. Caracas, 1991: 48.

incluidos los de izquierda, ha impuesto un lenguaje adrede eufemístico que oscurece intencionalmente la comprensión del mundo real. Así, entonces, imperialismo troca en globalización, las nuevas (y crecientes) formas institucionales autoritarias se llaman transiciones democráticas, las nuevas (y antiguas) formas de superexplotación y precarización del trabajo mutan en flexibilización, el desmantelamiento de las conquistas obreras se nombra ajuste<sup>3</sup>.

Dentro de ese marco, se abandonan por obsoletos una serie de conceptos del arsenal marxista, fundamentalmente su eje central analítico: las clases sociales, lo que implica desechar las tesis de su antagonismo y del papel motriz de la lucha de clases. En su lugar se ponen en boga los conceptos polisémicos y ambivalentes de “globalización”, “sociedad civil”, “ciudadanía” y “pluralismo”, y se estudia a la sociedad como cruzada por tres dimensiones interconectadas, nos referimos a la trilogía: sociedad civil, Estado y mercado, de acuerdo con la célebre elaboración de Cohen y Arato<sup>4</sup>. Asimismo se refieren a la desaparición o pérdida de centralidad del movimiento obrero y a la emergencia de nuevos movimientos sociales como agentes de cambio. En este ensayo, en primer término, nos concentraremos en aportar algunos elementos críticos a los conceptos de globalización y sociedad civil que han sido acogidos, con distintas aristas y variaciones, por la tradición postmarxista, ligada en buena parte al movimiento altermundista.

#### LA TRILOGÍA ESTADO-MERCADO-SOCIEDAD CIVIL: CINCO CRÍTICAS FUNDAMENTALES

El texto mencionado de Cohen y Arato establece un enfoque sociológico que es muy

difundido y aceptado en el ámbito académico en los noventa del siglo xx. Se trata de un paradigma que de alguna manera aspira a ser superador de las macro teorías sociales anteriores, en particular del marxismo.

Según este enfoque las tres dimensiones de la sociedad o tres formas de coordinación social como las denomina Norbert Lechner<sup>5</sup>, son el Estado, el mercado y la sociedad civil. Esta tríada conceptual se encuentra interconectada y las relaciones fronterizas entre estos ámbitos se modifican y se entrecruzan.

Se supone que el Estado en cuanto más autoritario, menos espacio permite a la sociedad civil, y asimismo entre más amplias y extendidas sean las redes de sociedad civil (que es concebida como un espacio de “solidaridad” inmanente), se restringe el ámbito del mercado que se mueve por criterios estrictos de ganancia privada y así se amplía la ciudadanía y los derechos concomitantes. A su vez el Estado al intervenir en la economía limita el ámbito del mercado, estableciendo criterios sociales en su intervención, tales como la redistribución del ingreso. Las fuerzas del mercado y de la sociedad civil tratan de incidir sobre el Estado y a su vez hay una acción recíproca entre estas esferas.

Desarrollaremos brevemente algunas críticas a esta teoría, que luego profundizaremos en algunos de sus aspectos:

- 1) El Estado es concebido como un catalizador y condensador de distintas fuerzas sociales en disputa y negociación. No se enfatiza o se obvia del todo la naturaleza de clase del Estado. Es decir, no se ubica como Estado burgués o capitalista, sino como un ente de alguna manera suprasocial, que arbitra, concilia y confronta a las distintas fuerzas sociales, en dónde de la incidencia de los sectores depende el curso de la política pública. Se niega o se diluye el carácter de clase del Estado y tiende a concebirse como un aparato relativamente neutral, o al menos, con un importante grado de

3 Pavlovsky, Eduardo. *Introducción al texto de James Petras: Globaloney*. Buenos Aires. Publicaciones Herramienta, 1997: 6 y 7.

4 Ver: A. Arato y J. Cohen. *Sociedad Civil y Teoría Política*. Cambridge: MIT Press, 1998.

5 Lechner, Norbert. “Tres formas de coordinación social”. *Revista de la CEPAL* 61, abril, 1997.

autonomía con respecto a la clase social dominante. Frente a esta visión, sostenemos que como nunca antes los Estados nacionales, y en particular los Estados metropolitanos, son expresión de los intereses de un capital cada vez más transnacionalizado, y esto no es otra cosa que consecuencia directa del profundo proceso de concentración y centralización del capital que opera a escala mundial. Tal tendencia se observa, por ejemplo, en los procesos que se fraguan como comerciales (pero que son en realidad verdaderas re-estructuraciones del modelo de desarrollo y de las relaciones internacionales) que se imponen o se pretenden imponer en América Latina, tales como los Tratados de Libre Comercio con los Estados Unidos y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

- 2) La otra gran carencia de esta teoría es que se obvian o se minimizan las abismales diferencias entre los Estados nacionales, según se trate de las metrópolis o la periferia. Tal enfoque deriva de concebir un Estado similar en las distintas latitudes, puesto que se infieren tendencias estatales supranacionales, en el marco de la llamada globalización. En una etapa histórica como la actual en la que se intensifica al máximo la sujeción que impone el imperialismo sobre los Estados y países de la periferia, al punto incluso de asumir formas de extraordinario saqueo de los recursos naturales más elementales y de sobreexplotación de la mano de obra, en el marco de la apertura de nuevos espacios de acumulación, no distinguir esta cuestión como medular, desdibuja o hace desaparecer el gran problema que se deriva del sistema de división internacional del trabajo y del mercado mundial, nos referimos a la opresión semicolonial o directamente colonial que ejercen las potencias imperialistas sobre la periferia, lo que se expresa con especial crudeza no sólo en el terreno económico, sino también en el político, militar, ideológico y cultural. Luego de los atentados del 11 de septiembre del 2001, las invasiones de Afganistán y de Irak, en el contexto de la aguda disputa por

el control de las fuentes petrolíferas de la región, han puesto de relieve lo anterior con particular brutalidad. Pero no solo a través de formas militares se expresa, sino también, por ejemplo, a través de las pugnas por el control de los hidrocarburos y el agua en Bolivia, en Venezuela y en general en el mundo semicolonial, que en los casos señalados ha desatado una reacción más que contestataria en amplios sectores de las masas populares.

- 3) Más adelante desarrollaremos con mayor detalle nuestras críticas al concepto ambivalente y escurridizo de sociedad civil. Enunciaremos brevemente por ahora algunas cuestiones: la formulación del concepto que nos ocupa oculta o minimiza los antagonismos entre explotados y explotadores; caben dentro de este holgado concepto desde los movimientos sociales de viejo y nuevo cuño (movimiento obrero, movimiento campesino, movimiento ecologista, movimiento feminista y de liberación lésbico gay, etc.), hasta las cámaras empresariales, que tienen a veces contradicciones irreconciliables entre sí. Al no desagregar este heterogéneo conjunto que se designa como “sociedad civil” se retrocede a la visión propia de los ideólogos de la época progresiva de la burguesía que, en combate contra la dominación feudal, formulan y se apoyan en lo que se denominó el “Tercer Estado”<sup>6</sup>.
- 4) Se le asignan apriorísticamente a la “sociedad civil” cualidades intrínsecas de altruismo, de solidaridad y apoyo mutuo, de factor potenciador de los derechos y la

---

6 En la terminología de la Revolución Francesa, la Asamblea Nacional que se origina en 1789, se constituye sobre la base de lo que se llama el Tercer Estado, en el que se incluye toda (diríamos ahora) la “sociedad civil”, desde los nuevos burgueses moderados (políticamente llamados girondinos) hasta los “sans culottes” jacobinos, que expresan a los estamentos medios más radicalizados, el artesano y a la muy incipiente clase obrera. Se habla de Tercer Estado para diferenciarlo del Primer Estado: el estado feudal de la aristocracia terrateniente, y el Segundo Estado que remite a la Iglesia.

ciudadanía, obviando que también han existido, existen y pueden reaparecer movimientos sociales contrarrevolucionarios con arraigo de masas, como el fascismo, o conservadores, como el corporativismo. Esta mistificación deriva de hacer abstracción de las condiciones concretas e históricas de las luchas sociales, sus actores sociales y las bases materiales, en que se inscribe la “sociedad civil”.

- 5) La cuestión económica en la sociedad no se reduce al mercado, este es el espacio social en dónde circulan los valores de cambio, desde ese ángulo se trata de un epifenómeno con relación a lo sustantivo que hace al sistema económico-social: nos referimos a las relaciones sociales de producción, que determinan al mercado. El problema del capitalismo en el ámbito económico para nada se reduce al circuito de la circulación de mercancías (al mercado), visto así se limita a la esfera del consumo y no incluye la esfera de la producción. Pero más aún, la piedra de toque del sistema capitalista, así como de cualquier otro sistema sustentado en la explotación de unas clases por otras, deviene de la cuestión de la propiedad privada sobre los medios de producción. Restringir el ámbito económico en el capitalismo al mercado, es de alguna manera similar al planteamiento estructural funcionalista que se centra en el problema del ingreso para entender la estratificación social, pues en ambos casos se deja de lado o se vela el problema crucial de la posesión o no de los medios de producción. De esa manera furtivamente se nos genera un horizonte de lucha o reivindicación de la sociedad civil que se circunscribe a la disputa con la lógica del mercado, pero no toca sus cimientos: la propiedad privada.

#### MARXISMO, IMPERIALISMO E INTERNACIONALISMO

Desde sus orígenes tempranos con el Manifiesto Comunista (1848), el marxismo enfatiza en que un rasgo distintivo del capitalismo es que se constituye como una economía mundo, a partir de un sistema de división internacional del trabajo y un mercado mundial.

“La gran industria ha creado el mercado mundial (...) El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra”<sup>7</sup>. Imaginemos el impacto que estas innovaciones representaron en su época, en términos de la interconexión de distintos pueblos, países y culturas, que podrían ser hoy análogas, por supuesto guardando las distancias históricas, al impacto de las nuevas tecnologías en comunicación y la vertiginosidad de las transacciones de hoy. Y más adelante acotan los autores: “Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países”. Y en esa línea agregan: “el aislamiento nacional desaparece de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden”<sup>8</sup>. De este análisis se deduce en lo programático la cuestión del internacionalismo que se considere coherente con tales condiciones. Así Marx y Engels afirman: “Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad. Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen (...)”<sup>9</sup>.

Asimismo, con Hilferding primero y Lenin después, el marxismo establece que, dejando atrás el capitalismo de libre concurrencia, surge a fines del siglo XIX el imperialismo, como una nueva fase oligopólica, determinada por la repartición y rebatiña de los mercados por parte de los trusts o transnacionales. Lenin señala cinco rasgos esenciales de esa fase del desarrollo capitalista que denomina imperialismo:

7 Marx, Carlos y Engels, Federico. “El Manifiesto Comunista”. *Obras Escogidas*. Edición en español. Moscú. Editorial Progreso, 1979: 112.

8 *Ibid.* p.114.

9 *Ibid.* p.125.



1) la concentración de la producción y el capital llevada hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado los monopolios (...) 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación del capital financiero (...) 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particularmente grande, 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuáles se reparten el mundo 5) el reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes<sup>10</sup>. [En ese marco en la tradición leninista, el imperialismo lleva al rojo vivo la contradicción entre las fronteras nacionales y la internacionalización cada vez mayor del mercado y la producción. Contradicción que se ha expresado de la manera más descarnada a través de las dos guerras mundiales].

Por ello la consecuencia político-organizativa del análisis marxista, en tanto se trata de una concepción militante, al servicio de la emancipación de la clase obrera y los sectores oprimidos, es que la acción revolucionaria de la clase obrera y los oprimidos, necesariamente debe convertirse en una acción internacionalista orgánica, puesto que la lucha de clases es nacional en su forma, pero internacional en su contenido.

De ahí que la primera organización a escala internacional de los llamados movimientos sociales (en sus orígenes, circunscrita fundamentalmente al terreno europeo) fue la Asociación Internacional de Trabajadores (conocida como la Primera Internacional) fundada en 1864, que reunía en ese momento a las distintas corrientes del movimiento obrero, desde los marxistas, los lasalleanos y los anarquistas. El manifiesto constitutivo, redactado por Marx, culmina con la famosa consigna: “¡Proletarios de todos los países uníos!”. La Primera Internacional entra en declive poco después de la derrota de la

Comuna de París (1871) y finalmente se disuelve en 1876. Posteriormente le sigue la Segunda Internacional o Socialdemócrata (1889 hasta la fecha), que jugó un papel de primera línea en la organización y dirección de verdaderas campañas internacionales por la jornada de 8 horas, el sufragio de las mujeres, y un sinnúmero de garantías sociales. La Segunda Internacional se fracciona y entra en crisis con la II Guerra Mundial (1914), configurándose paulatinamente como una Internacional reformista o moderada, cada vez más alejada del movimiento obrero, constituyendo en la actualidad en un foro social-liberal, controlado por una fracción autodenominada de “izquierda” de la burguesía europea. La ruptura del ala revolucionaria con la Segunda internacional, posteriormente conduce a la creación de la Tercera Internacional o Comunista, fundada en 1919 poco después del triunfo de los bolcheviques en Rusia: la Tercera Internacional fue luego disuelta en 1943, como gesto de buena voluntad de Stalin con las potencias aliadas (representadas por Churchill y Roosevelt), en el camino de las negociaciones para configurar un nuevo orden mundial de la segunda posguerra en Yalta y Postdam. Asimismo en el marco del combate contra lo que se denomina la degeneración burocrática del Estado soviético y el movimiento comunista internacional, surge en 1938 la Cuarta Internacional, encabezada por León Trotsky.

Hacemos este breve recuento para hacer patente que el movimiento obrero y socialista internacional fue el primero de los “movimientos sociales” en plantear la necesidad de una acción global y concretarla en organizaciones internacionales, mucho antes de que se conformara el llamado movimiento altermundista, que se ha expresado en los Foros Sociales Mundiales inicialmente originados en Porto Alegre Brasil, y expresado en importantes campañas y demostraciones como la de Seattle, Gotemburgo y Génova, durante los años noventa del siglo xx.

En la segunda parte de este artículo tenemos la pretensión de retornar y profundizar en el debate en cuanto a los nuevos movimientos sociales y los llamados movimientos de viejo cuño, específicamente el movimiento obrero y establecer una mirada crítica sobre el concepto de ciudadanía.

10 Lenin, Vladimir I. *El imperialismo y los imperialistas*. Moscú. Editorial Progreso, 1977: 52.

## GLOBALIZACIÓN: MITO Y REALIDAD

El término de globalización en sus orígenes (década de los setenta del siglo XX) se acuña estrechamente asociado al proceso de desarrollo de las transnacionales a escala mundial y al enfoque de la llamada “globalización de los mercados”. Desde esa acepción aparentemente en poco o nada difiere del concepto clásico de imperialismo propio del marxismo, partiendo en todo caso de reconocer que los procesos de internacionalización de la vida social, económica, política y cultural, se intensifican particularmente a fines del siglo XX. Pero se debe advertir que, como sucede con los conceptos de sociedad civil y ciudadanía, estamos ante un término con contornos sinuosos, con matices y derivaciones distintas.

Por ejemplo, mientras que para los marxistas y postmarxistas remite a un proceso con efectos negativos y depredadores en distintos grados, según la “radicalidad” o “moderación” de los autores, el concepto de globalización en clave neoliberal, más bien define un proceso donde se espera tiendan a superarse las contradicciones entre las dimensiones de lo local y lo mundial, donde se diluyen las fronteras nacionales, o bien se tiende a crear Estados supranacionales, en el marco de una realidad multicéntrica, donde se crean condiciones comunicativas para el entendimiento planetario, a través del desarrollo sin precedentes de nuevas tecnologías y sobre todo el despliegue de nuevas formas de comunicación, asociadas a las nuevas redes que se potencian con el auge de las computadoras personales y del internet. Al igual que la autopista virtual de la internet, que luce como una ilimitada “free way” desde un ordenador, así se tiende a ver el proceso de la globalización, que se supone redundará en una incidencia cada vez mayor de la sociedad civil y su consecuencia en la ampliación y fortalecimiento de los derechos ciudadanos.

Desde los enfoques más actuales, la globalización conlleva una serie de procesos articulados, no solo en el plano económico, sino también en el plano comunicativo, político y social, junto con la emergencia de temas globales como el medio ambiente, la cuestiones del género y la sexualidad, entre otros, que

se asocian al surgimiento de los nuevos movimientos sociales y consecuentemente a la pérdida de centralidad o directa obsolescencia del movimiento obrero.

De acuerdo con el criterio de Andrés Serbin, en la actualidad:

... la globalización es crecientemente percibida como un proceso multidimensional, que tiene como un rasgo distintivo el paso de un sistema internacional Estado-céntrico a uno multi-céntrico, caracterizado por la multiplicación de actores relevantes en el sistema internacional; no solo Estados-Nación, (...) sino también corporaciones transnacionales, instituciones financieras internacionales, banca privada, organismos intergubernamentales y organismos no gubernamentales<sup>11</sup>.

Así pues, desde el discurso “oficial” la noción de “globalización” refiere a una imagen homogénea y no conflictiva del mundo, que más bien abre crecientes espacios a la “sociedad civil” y al pluralismo. Estela Grassi apunta que

... esta idea difusa obstruyó la reflexión sobre las cuestiones implícitas en la noción de imperialismo o dominación presentes en los discursos políticos y teóricos de las décadas anteriores. [De modo que, ya sea que] ... se lo restrinja al mercado o se comprenda las dimensiones cultural y política, deja fuera la vigencia (y aún el fortalecimiento) de potencias hegemónicas; la desigualdad en el tráfico comercial y cultural entre los países; y la desigual capacidad de los Estados nacionales para definir políticas autónomas<sup>12</sup>.

Los que McGrew cataloga como los escépticos en este debate, frente a la imagen

11 *Ibid*, p. 18.

12 Grassi, Estela. *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal*. Buenos Aires. Espacio Editorial, 2003: 49-50.



“optimista” de la globalización, replican que las economías nacionales más poderosas, valga decir de las metrópolis imperialistas, no solo siguen hegemonizando la dinámica económica internacional, sino que la controlan y concentran cada vez más. Para este enfoque la globalización es un mito y la economía mundial sigue caracterizada por una división del poder y del trabajo<sup>13</sup>. Para los escépticos, más que un proceso de globalización, asistimos a un significativo proceso de regionalización, a partir de la conformación y consolidación de fundamentalmente tres bloques comerciales y financieros: el de América del Norte, La Unión Europea y el de Japón y el sudeste asiático.

Más allá de un debate que a veces se torna abstracto y girando en torno a una discusión hermenéutica sobre categorías teóricas, lo cierto es que no hay que olvidar que el tema sobre la naturaleza, los efectos y los alcances de la globalización, no puede ser entendido a cabalidad, si no se sitúa en el marco de la ofensiva neoliberal que inicia en la década de los ochenta con el tatcherismo y el reaganismo y se exacerbaba en la década de los noventa, en el escenario del mundo unipolar con las determinaciones ya esbozadas. Justamente no podemos olvidar ni un minuto que es en ese escenario que asistimos a un saqueo sin precedentes de los recursos de los países periféricos (bajo la “soga” de la deuda externa) y de pérdida o retroceso en general de las conquistas y prestaciones sociales anteriormente asociadas a las políticas keynesianas, desarrollistas y nacional populistas.

Frente a los enfoques de la globalización, ya sea concebida en sí misma como un avance positivo para la humanidad, o bien como un caldo de cultivo para una sociedad civil planetaria contrahegemónica que permita paulatinamente ir “humanizando el rostro” del capitalismo, las evidencias son concluyentes.

De las 500 empresas más grandes del mundo, vehículos de circulación de

capitales como instrumento de la globalización, el 49% son norteamericanas; 37% son europeas y el 10% japonesas. El mundo globalizado se encuentra en pocas manos. (Asistimos a la) circulación de capitales financieros que no aumentan la productividad sino solo las ganancias de un sector, (en un agudo proceso de) colonización financiera. Es ideológico, dice Petras, hablar de la inevitabilidad de la globalización. Es un argumento psicologista-desmoralizante que propone debilitar la capacidad crítica en formular y plantear otras líneas alternativas posibles.

En cuanto a la concentración de ingresos en Estados Unidos. Hace 20 años, dice Petras, un Chief Executive Officer ganaba 80 veces más que un obrero. Hoy gana 430 veces más. Los trabajadores norteamericanos trabajan 2000 horas por año, un 20% más que hace 20 años. Hay 45 millones de norteamericanos sin ninguna cobertura de salud ni privada ni pública, y existe una prosperidad visible de un 30% de la población<sup>14</sup>.

#### ¿QUÉ COSA ES EN DEFINITIVA LA SOCIEDAD CIVIL?

Cuando nos referimos a la trilogía: Estado-sociedad civil-mercado, reseñamos nuestras críticas centrales al concepto de sociedad civil. Advirtiendo una vez más la existencia de una multitud de matices e interpretaciones sobre el particular, vamos a puntualizar algunas definiciones y profundizar algunos ángulos de nuestra crítica.

Para Jeffrey C. Alexander, teórico de la sociedad civil desde una perspectiva abiertamente conservadora:

La sociedad civil debe ser concebida como una esfera solidaria desde la cuál

13 Citado por Serbin, Andrés. “La sociedad civil transnacional y los desafíos de la Globalización”. *Ciudadanía y mundialización*. México, DF. CEFIR, CIDEAL, INVESP, 2003: 25.

14 Pavlovsky, Eduardo. En James Petras. *Globaloney*. Buenos Aires. Publicaciones Herramienta, 1997: 6 y 7.

cierta clase de comunidad universalizada viene a definirse y hasta cierto punto a reforzarse. La opinión pública muestra el grado en que existe esta comunidad solidaria; además ella posee sus propios códigos culturales y sus narrativas en un idioma democrático (...) y se hace visible a través de un conjunto característico de prácticas interaccionales, como civilidad, igualdad, criticismo y respeto<sup>15</sup>.

Resulta revelador que en sustento de su afirmación el autor recurra ni más ni menos que a la autoridad de la “opinión pública” que no es por supuesto etérea ni neutra, que está permeada por el “sentido común”, no por el rigor científico, y que por demás es un reflejo más o menos de la ideología dominante y de sus prejuicios.

Por otra parte, en una visión que recuerda al iusnaturalismo, se presume que a la sociedad civil le corresponden necesariamente valores positivos, tales como “civilidad, igualdad, criticismo y respeto”: al igual que los ideólogos de la Ilustración se invoca a la racionalidad, a los valores universales y a los derechos naturales inmanentes a la sociedad civil (que en la Revolución Francesa de fines del siglo XVIII tuvieron como estandarte “libertad, igualdad, fraternidad”).

Asimismo Alexander afirma lo siguiente:

El que la esfera económica en su forma capitalista facilite de manera importante la constitución de una sociedad civil es un hecho histórico y sociológico que no debe ser negado. Cuando una economía se estructura por los mercados, se estimula la conducta independiente, racional y autocontrolada. Por esta razón los primeros intelectuales del capitalismo, desde Montesquieu hasta Adam Smith, vieron la sociedad de mercado como un antídoto sereno contra las glorias militares de la vida aristocrática<sup>16</sup>.

Ciertamente los procesos de modernización y urbanización que impulsa el capitalismo, con sus grandes ciudades densamente pobladas, el intercambio y choque cultural cada vez más asiduo entre los distintos pueblos, así como la agudización de las contradicciones sociales que engendra, sin duda crean las condiciones objetivas (el caldo de cultivo) para la emergencia de los movimientos sociales, tanto los de viejo cuño como los llamados nuevos.

Pero hay una enorme distancia entre esta consideración contextual y las deducciones peregrinas de Alexander, absolutamente desprovistas de fundamento fáctico. ¿En virtud de qué hechos puede considerarse que la sociedad de mercado (eufemismo para denominar al capitalismo) produce esos valores tan nobles, de manera al parecer espontánea? La carnicería humana que fueron la Primera y la Segunda Guerra Mundial, el ascenso del fascismo en Alemania y en Italia, la guerra civil española, las guerras coloniales y el despojo de los pueblos nativos por los imperios, el apartheid sudafricano, el genocidio y sometimiento de Palestina, la prolongada guerra de Vietnam, las dictaduras contrainsurgentes de América Latina y sus guerras sucias, la actual guerra y ocupación en Irak, entre otros ejemplos, demuestran que de ninguna manera el capitalismo es un “antídoto sereno contra las glorias militares de la vida aristocrática”, muy por el contrario, estas empalidecen ante su belicismo contemporáneo.

Obviamente para el autor el capitalismo en su relación con la sociedad civil, está estrechamente vinculado a la democracia representativa en su versión burguesa, y por lo tanto se excluyen de este horizonte teórico los lunares (o cráteres más bien) dictatoriales y los aparentes arrebatos de “irracionalidad” que son las guerras entre Estados y las propias guerras civiles, que en última instancia derivan de la lógica misma del sistema, en cuanto se exacerban sus contradicciones.

Sin embargo, Alexander reconoce que los criterios del mercado pueden interferir o lesionar seriamente a la sociedad civil, en virtud de “... las desigualdades económicas como división de clases, diferenciales de vivienda, mercados

15 Jeffrey Alexander. “Sociedad Civil”. L. Bacca *et al.* *Léxico de la Política*. México. Fondo de Cultura Económica, 2000: 701.

16 *Ibid*, p. 702.

laborales duales, pobreza y desempleo”<sup>17</sup>. De ahí que el autor destaca el mérito de la sociedad civil en términos de confrontar a las elites económicas y obtener concesiones en esa disputa. En otras palabras:

... el criterio civil ha entrado directamente dentro de la esfera económica y capitalista: se prohíben las condiciones peligrosas en el trabajo, se proscriben la discriminación en los mercados laborales; se limita la arbitrariedad de la autoridad económica, se humaniza y controla el desempleo, y, finalmente, la riqueza misma se redistribuye de acuerdo con criterios que pueden considerarse antitéticos de los estrictamente económicos<sup>18</sup>.

Cuatro observaciones nos permitimos hacer al respecto:

- 1) Las concesiones a que se refiere Alexander no han sido gratuitas, han sido fruto de una larga lucha, a veces incluso sangrienta, desde los movimientos sociales, en particular desde el movimiento obrero, campesino y popular.
- 2) El capital además requiere de ciertas condiciones elementales para la reproducción y calificación de la fuerza de trabajo, tales como ingreso mínimo, salud, educación; por lo que puede y necesita funcionalizar esas demandas de la “sociedad civil” y convertirlas en fuente de legitimidad de su Estado, y a la vez en un soporte para la misma reproducción ampliada del capital.
- 3) Lo anterior también debe relativizarse según sea el ciclo de acumulación del capital, o mejor dicho, su margen económico de maniobra. Recuérdese que con las políticas keynesianas, prevalecientes en el marco del “boom económico” de la segunda posguerra, más bien se incrementó el consumo (vía incremento de salarios, prestaciones sociales y obras públicas) en búsqueda del

pleno empleo y para sortear la depresión económica.

- 4) Una cuestión clave en términos del desarrollo de conquistas sociales y políticas de bienestar social, remite a la correlación de fuerzas entre las clases a escala mundial. Es innegable que muchas de las políticas públicas asociadas a lo que se denominó “Welfare State”, se constituyeron en medidas paliativas y amortiguadoras del descontento social, en el escenario de la “guerra fría” en el que “la amenaza del comunismo” para el capital no era retórica, con un tercio de la humanidad ubicada en el llamado “campo socialista”. Sin duda, uno de los disparadores claves del auge del neoliberalismo reside en que el capital no tiene ese contrapeso y esa amenaza que tuvo en la etapa anterior, desde la inmediata posguerra hasta el proceso que inicia con la caída del Muro de Berlín en 1989.

En síntesis y a modo de conclusión, reiteramos la naturaleza difusa del concepto de sociedad civil, que puede ser asumida con contenidos e intencionalidades distintas, pero si ubicamos su advenimiento y operación en los años de mayor desorientación de la izquierda mundial, consideramos que es un artificio conceptual que está al servicio de su mediatización. Lo que además, no por casualidad, se verifica en un medio en el que, en los escenarios de mayor conflictividad social y política en la etapa anterior (tal como la Centroamérica de fines de los ochenta), proliferan como hongos las ONG con profuso financiamiento externo, que atraen a miles de cuadros y activistas provenientes de la izquierda social y política, aquejados por la orfandad ideológica y por la desmoralización producto de la confusión y las derrotas propinadas por la virulenta ofensiva económica, política, militar, e ideológica del imperialismo que se inaugura en los Estados Unidos con la presidencia de Reagan, tiene su mayor brillo en la administración de Bush padre, presenta una fase transicional con Clinton y luego entra en declive y muestra serios signos de agotamiento con el Gobierno de George W. Bush, uno de los presidentes norteamericanos con más bajos índices de popularidad en la historia.

17 *Loc. cit.*

18 *Ibid.*, p. 702.

Como la realidad está en constante cambio, y está quedando atrás el auge y predominancia del neoliberalismo desde el punto de vista de su influjo ideológico sobre las masas, es un buen momento para asumir críticamente las tesis de los postmarxistas, que a nuestro criterio, con ropajes nuevos, asimilaron buena parte de las secuelas de ese giro histórico reaccionario.

## SEGUNDA PARTE

### CIUDADANÍA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de un movimiento histórico que se desarrolla ante nuestros ojos.

*Marx y Engels (1848)*<sup>19</sup>.

En estas líneas nos concentraremos en el debate acerca del concepto de ciudadanía estrechamente vinculado al de sociedad civil, y en segundo término haremos algunas aportaciones en torno al debate sobre los movimientos sociales de viejo y nuevo cuño.

En continuidad con nuestro enfoque anterior y a modo de recapitulación, es preciso ubicar que la oleada del postmarxismo, opera en un contexto histórico en el que se produce la combinación de los siguientes factores que inciden en la subjetividad de las masas, y que tienen su correlato en la academia, a saber:

- 1) Una profunda ofensiva reaccionaria a escala mundial que, en el plano ideológico, coincide con la retirada masiva de intelectuales de las posiciones del marxismo, en el marco de una correlación de fuerzas muy favorable al capital, que se consolida con la supremacía del neoliberalismo, se potencia con el

derrumbe de los regímenes estalinistas de partido único del llamado “socialismo real” y con la preponderancia indiscutida de los Estados Unidos en un nuevo orden unipolar.

- 2) Un repudio masivo en la ex Unión Soviética y Europa del Este (que se refracta a escala mundial) hacia las formas totalitarias que asumieron los regímenes estalinistas y una desconfianza de masas hacia toda referencia al “marxismo oficial” del que estos regímenes se consideran como herederos o portaestandartes.

Definido el telón de fondo en el que se ubica esta polémica, expresamos a continuación nuestros puntos de vista al respecto.

### CIUDADANÍA Y LUCHA DE CLASES

A nuestro criterio, al igual que el concepto de sociedad civil, el de ciudadanía, en lo esencial, diluye o hace abstracción del concepto de clases sociales, desdibujando la frontera entre explotados y explotadores en una sociedad históricamente determinada.

Velia Cecilia Bobes realiza un ejercicio teórico sobre el tema de la ciudadanía. Parte por establecer que la idea de ciudadanía reposa sobre una relación particular entre el individuo y el Estado. Esta matriz teórica se diferencia del materialismo histórico que define a las clases sociales y sus conflictos, como la unidad de análisis central para entender el devenir social. De entrada esta premisa que nos brinda Bobes es muy reveladora, pues sin duda, evoca el sustrato ideológico del individualismo propio del racionalismo utilitarista, que está arraigado a las vertientes conservadoras de la sociología. Si para el marxismo su eje analítico parte de aprehender las relaciones sociales de producción que a su vez configuran clases sociales con intereses antagónicos, que en la dinámica del conflicto delinean el decurso de la sociedad; por el contrario, desde la óptica de la ciudadanía la relación clave es la del individuo (ciudadano) con el Estado, un Estado que no se concibe como signado por su naturaleza de clase, sino como relativamente imparcial con respecto a las clases sociales, o bien con un significativo

19 Carlos Marx y Federico Engels. “Manifiesto del Partido Comunista”. *Obras Escogidas* en tres tomos. Traducción en español. Moscú. Editorial Progreso, 1976: 122- 123.

grado de autonomía en relación con los intereses de las clases dominantes. Por consiguiente el concepto de ciudadanía nos remite a la relación del individuo (haciendo abstracción de la clase social a la que pertenece) con respecto al Estado, esto es: a la esfera de la superestructura política (haciendo abstracción de la estructura económica social sobre la que se erige dicho Estado y los intereses de clase que representa).

Asimismo, la autora mencionada no duda en explicitar que la emergencia de la ciudadanía esta directamente asociada a la modernidad, eufemismo con el que se designa la supremacía de la civilización capitalista. En sus propias palabras:

La aparición del mercado y el predominio de las relaciones contractuales, los procesos de secularización y especialización funcional, industrialización, urbanización y movilidad social, que determinaron el tránsito de la sociedad tradicional a la moderna, tuvieron como resultado más conspicuo *el descubrimiento del individuo como realidad social básica* (destacado nuestro). (...) En este proceso se destruyen los ideales que identificaban a siervos y señores, y consecuentemente, la obediencia deja de percibirse como determinación divina para entenderse como *obligación contractual* (destacado nuestro). (Más adelante agrega): La ciudadanía implica un sentimiento de membresía a una comunidad basado en la lealtad a una civilización que se considera una posesión común<sup>20</sup>.

Aparte de reiterar al individuo (y no a los colectivos o clases sociales) como unidad social básica, es preciso destacar que para la autora el capitalismo, a diferencia del modo de producción feudal en sus distintas variantes, aporta el caldo de cultivo para la ciudadanía, al imponer la obediencia como “obligación contractual”, es decir, en un lenguaje marxista diríamos que al

separar al productor directo de los medios de producción y convertirlo en “hombre libre” para vender su fuerza de trabajo. En tanto esa fuerza de trabajo se convierte en mercancía, esta efectivamente se encuentra sujeta a una relación contractual (contrato de trabajo) con el dueño de los medios de producción, bajo la forma de una relación salarial. No obstante la autora no advierte que esa relación contractual es justamente la base de la explotación capitalista en la esfera de la producción, que opera mediante la apropiación por parte del capitalista del trabajo impago del asalariado, bajo la forma de la plusvalía, que es la fuente de su tasa de ganancia. Utilizando la terminología de Perry Anderson, diríamos que la autora no advierte que, a diferencia del feudalismo que ejerce una compulsión extraeconómica sobre los siervos, la compulsión del capitalismo sobre el “trabajador libre” es directamente económica.

Por otra parte, es preciso señalar que la autora asume como un dato sin discusión (y por consiguiente incuestionable) lo que llama el “sentimiento de membresía”, mistificándolo de esa manera, al no tomar en cuenta que la lealtad que supone (de los ciudadanos) no surge espontáneamente, que median poderosos aparatos ideológicos que concitan y reproducen esa adhesión, y que aún más en el caso de las masas subalternas u oprimidas por el capital, opera la lógica de la enajenación que es propia del sistema de producción capitalista. Del mismo modo suponer que tal “civilización” es una posesión común, es coincidente con el discurso político dominante que acude con frecuencia a generalizaciones como los “intereses de la patria” o el “bien común” por encima de las clases sociales, o más bien, invisibilizándolas, así como a sus contradicciones. Lo mismo podríamos plantear en relación con los grupos étnicos oprimidos, las mujeres, las minorías sexuales, confesionales o contraculturales, que podrían no sentirse miembros de tal civilización común.

Ahora bien, cuando se trata de definir propiamente en que consiste la ciudadanía la autora la plantea:

... como un conjunto de derechos y deberes que hacen del individuo miembro de una comunidad política, a la vez que lo

20 Bobes, Velia Cecilia. “Ciudadanía”. L. Bacca, *et ál. Léxico de la Política*. México. Fondo de Cultura Económica, 2000: 50-51.



ubican en un lugar determinado dentro de la organización política y que, finalmente, inducen *un conjunto de cualidades morales* (valores) que orientan la actuación en el mundo público<sup>21</sup> (destacado nuestro).

Cabe destacar por ahora, que tales valores, son considerados positivos *per se*, y van por ejemplo, desde la tolerancia, el pluralismo, la convivencia pacífica, la solidaridad, la libertad, la igualdad, etc., y se expresan a través de un conjunto de derechos en el ordenamiento jurídico, pero emanan en última instancia a partir de la pervivencia, consolidación y tendencia a la extensión de la sociedad civil en el marco de lo que se llaman “democracias representativas” de factura occidental.

La recurrencia a los valores como fundamento último de la ciudadanía, reitera la tendencia iusnaturalista de esta corriente teórica. Asimismo es claro la remisión del tema de la ciudadanía al contexto *sine qua non* de la democracia representativa. Refiriéndose a uno de esos valores sustantivos, Laura Bacca Olamendi plantea:

El pluralismo representa un componente de la ciudadanía. Debemos relacionar las diferentes dimensiones del pluralismo con la democracia, ya que cuando usamos este término nos referimos principalmente a un ‘precepto ético de la convivencia civil’ (...) En las sociedades democráticas, el pluralismo se expresa a partir de un conjunto de normas jurídicas que garantizan el reconocimiento de los derechos inalienables del individuo y del ciudadano, y en esta medida impone a los individuos un código de conducta civil con una valencia universal, que representa el gobierno de las leyes en contra del gobierno de los hombres. El reconocimiento de estos derechos de ciudadanía permitió que el Estado fuera concebido por el liberalismo como una sociedad de hombres para conservar y

promover los ‘bienes civiles’, representados entre otras cosas, por la vida, la libertad, la integridad, el bienestar corporal, así como por la posesión de bienes materiales<sup>22</sup>.

Indudablemente Bacca Olamendi establece una relación estrecha entre ciudadanía y lo que se denomina “Estado de Derecho”, es decir, con el ordenamiento jurídico al que originalmente se arriba por intermedio de la promulgación de las Constituciones que se originan en las revoluciones y reformas burguesas en Europa Occidental, y que establecen en ese marco los derechos ciudadanos (incluido por supuesto el derecho “inalienable” a la propiedad privada).

En esa tesitura, Bobes afirma que la ciudadanía articula un “conjunto heterogéneo de derechos”, que se pueden dividir en tres tipos: derechos civiles que remiten a las libertades individuales; derechos políticos relacionados con el ejercicio del poder y la toma de decisiones, y derechos sociales, referidos a la redistribución de la riqueza y la seguridad social, derechos en este caso, cabe destacar, que se ampliaron considerablemente con la expansión del Estado keynesiano de la posguerra y hoy se encuentran muy venidos a menos, a raíz de la contrarreforma social que acompaña el despliegue del modelo neoliberal.

Al mismo tiempo hay que remarcar que para Bobes, lo anterior conlleva dos aristas, por cuanto:

... tales derechos constituyen un recurso de poder de la sociedad frente al Estado, pero a la vez, son garantizados por el Estado (...) a través de una serie de instituciones tales como: ... las cortes de justicia y los tribunales (para los derechos civiles), los parlamentos, gobiernos y partidos (para los derechos políticos) y los sistemas educativo y de seguridad social (para los derechos sociales)<sup>23</sup>.

22 Bacca Olamendi, Laura. “Pluralismo”. L. Bacca *et al. Léxico de la Política*. México. Fondo de Cultura Económica, 2000: 537-538.

23 Velia Cecilia Bobes, *op. cit.* p. 50.

21 *Ibid.*, p. 50.



Al igual que sucede con la trilogía conceptual de “Estado-Sociedad Civil-Mercado” (difundida por Cohen y Arato) en la que se entrecruzan y se mueven las fronteras entre estas tres dimensiones, en este caso es de destacar que la ciudadanía es un proceso cambiante y que si bien es cierto es tutelada por el Estado, a la vez tiende a expandirse y a contraponerse al Estado de alguna manera, en tanto expresa el desarrollo de la sociedad civil, claro está, en un marco de democracia formal representativa. La autora al respecto advierte que:

... la ciudadanía no es una condición ontológica ni estática, más bien se construye a través de un proceso de inclusión progresiva y de ‘adquisición de poder’ por la sociedad, lo cuál se relaciona con luchas y movimientos sociales que demandan al Estado el mantenimiento y la posible ampliación de los derechos ciudadanos<sup>24</sup>.

A partir de esta última acepción, la corriente postmarxista ha enfatizado la importancia y utilidad del concepto de ciudadanía, en tanto permite afianzar y legitimar el papel de los movimientos sociales y sus luchas, para conquistar progresivamente mayores y más profundos derechos ciudadanos, es decir, buscando una democracia avanzada o radical desde esa perspectiva. De acuerdo con Bobes:

... existe una tendencia en el debate que pugna por radicalizar la ciudadanía y sus principios fundamentales, lo que significaría extender los derechos ciudadanos a ámbitos de la vida cotidiana y redefinirlos en términos que ayuden a una ampliación de la democracia y la participación. Para ello sería imprescindible extender los principios de libertad e igualdad a un número mayor de relaciones sociales, al ámbito de las demandas particulares de los diferentes grupos y sus identidades específicas (raza, género, identidad sexual diferente) y legitimar —a través de derechos codificados— esta pluralidad<sup>25</sup>.

No dudamos sobre la utilidad práctica que podría suponer un enfoque así en términos de acciones y tácticas políticas “progresistas” en la actualidad, sin embargo, en este artículo nos hemos concentrado en debatir en torno al sustrato teórico e ideológico del concepto de ciudadanía. Asimismo es conveniente enunciar brevemente cinco cuestiones finales en relación con la cita anterior:

- 1) Llama la atención que la autora al referirse a las demandas particulares de los grupos y sus identidades específicas (entre ellos: raza, género, sexualidad) no incluya la cuestión de la clase social.
- 2) La lucha por reformas jurídicas que amplíen los derechos ciudadanos, políticos, civiles y sociales, sin duda sigue estando más que vigente, y es un valioso instrumento de acción política para el cambio social. Sin embargo, este asunto no puede verse aislado de la determinada correlación de fuerzas y las circunstancias históricas en que se desenvuelve esta lucha. En nuestro caso, y sin obviar las diferencias nacionales, regionales y sociales, asistimos más bien a una etapa en la que aún prima la contrarreforma neoliberal, dónde, en buena medida, la palabra de orden más significativa ha sido la resistencia a perder las conquistas o derechos adquiridos en la etapa anterior (más que a conquistar otros nuevos).
- 3) Esta lucha táctica por tales reformas, no agota ni resuelve la discusión estratégica central que ha cruzando al marxismo y a todas las doctrinas antisistema a través de la Historia contemporánea (dividiendo a la izquierda entre alas moderadas y radicales) en términos del nexo dialéctico entre reforma y revolución, la cuestión del Estado, su naturaleza de clase y su propuesta de transformación, así como el problema clave de las vías de acceso al poder.
- 4) Asimismo esta discusión nos remite al problema de los movimientos sociales, así como de los sujetos sociales y políticos del cambio social, que es justamente el tema al que abonaremos algunas reflexiones en el apartado que desarrollaremos a continuación.

24 *Ibid*, p.50.

25 *Ibid*, p.53.

## NUEVOS Y VIEJOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Junto al programa de la sociedad civil y la ciudadanía, se ha difundido la idea de que en el escenario de la “globalización”, los viejos movimientos sociales, entendidos fundamentalmente como el movimiento obrero y campesino, han dejado de tener un lugar central en el escenario contemporáneo. Partiendo de esta afirmación, se ha ido mucho más lejos, llegando a señalar que este hecho obedece a que las relaciones de clase ya no son las más importantes en el capitalismo globalizado y que además la clase obrera se ha reducido al extremo, perdiendo importancia social, política y económica, mientras directamente algunos hablan de su proceso de extinción, en virtud de las nuevas condiciones socio-laborales que ha impuesto el neoliberalismo. A continuación elaboraremos algunas críticas al respecto.

Varios autores hablan de la emergencia de una sociedad civil transnacional, en referencia directa al proceso de globalización. El concepto de redes es clave para tal efecto, entendiendo su desarrollo a través de los llamados “organismos no gubernamentales” (ONG), tales como Greenpeace, Amnistía Internacional, Oxfam, y de lo que denominan movimientos sociales transnacionales, tales como por ejemplo el que se gesta de diversas formas en respuesta a los TLC y el ALCA.

En esa línea, nos refiere Benjamín Arditi que la opinión pública, por ejemplo en temas como derechos humanos, se empieza a liberar de la “jaula territorial” a medida en que se despliega en un campo global. El diagnóstico de Arditi se centra en “... el posible agrupamiento de algunas voces, espacios y prácticas políticas en ciertas constelaciones sistémicas. (...) Estos circuitos políticos, coexisten con las arenas electorales del Estado nacional, y además hacen del escenario emergente una suerte de lo que denomina archipiélago político”<sup>26</sup> (entendido como el conjunto de islas unidas por aquello que las separa),

mismo que incluye el subsistema de la política electoral, pero también el segundo nivel de movimientos, asociaciones y grupos de interés, y uno supranacional que lleva a la política más allá de las fronteras nacionales. Para Serbin se abren así “... espacios desde los cuáles se puede presionar a la política partidaria para introducir una serie de demandas dentro de la agenda de debates públicos, pero también son ámbitos en los cuáles se puede poner en escena intercambios políticos para tratar de impulsar demandas autónomamente”<sup>27</sup>.

Desde esa vertiente autores como Andrés Serbin enfatizan que en esta suerte de sociedad civil global, se privilegia el rol de los “nuevos movimientos sociales” (ambientalistas, mujeres, derechos humanos, GLBT<sup>28</sup>, etc.), “... menos preocupados por la política tradicional, menos vinculados a la movilización de masas y más estrechamente asociados con el cabildeo (lobbying) y la incidencia sobre la opinión pública a través de campañas específicas”<sup>29</sup>.

En primer lugar nos permitimos indicar que endosarle a esa “sociedad civil transnacional” esas características, puede ser meramente descriptivo, registrando que efectivamente tiende a tener hoy esas características. ¿No obstante, por qué tiene que ser siempre así? ¿Este es un problema de los límites naturales de esa llamada “sociedad civil transnacional”, o remite más bien a condicionamientos sociales, políticos e ideológicos, como tendemos nosotros a pensar?

Nos parece que detrás de toda esta elaboración sobre los nuevos movimientos sociales se encubre una orientación ideológica, que trata de reducirlos a lo que se considera el quid de su política: la incidencia. Este término implica influir sobre el poder político, sin transformarlo,

26 Arditi, Benjamín, et ál. *¿Democracia Post Liberal?: el espacio político de las asociaciones*. México. Antrophos- ISS/UNAM, 2005: 212-213.

27 Serbin, Andrés. “La sociedad civil transnacional y los desafíos de la Globalización”. *Ciudadanía y Mundialización*. CEFIR, CIDEAL, INVESP, 2003: 25 y 26.

28 Movimiento de Gays, Lesbianas, Bisexuales, Transexuales y Transgéneros.

29 Serbin, Andrés. *Óp. Cit.*: 25 y 26.

por lo que es indudable el corte reformista que supone su adopción.

Ciertamente las campañas específicas como las de boicot al consumo de ciertos productos muy al estilo altermundista, tienen efectos significativos, ciertamente el cabildeo es necesario con relación a determinados temas, pero no se explica por qué se renuncia de antemano a otros métodos, nos parece más contundentes para “presionar” al capital, como por ejemplo, la huelga obrera.

En todo caso, estas discusiones no deben restar la importancia del tema de los nuevos movimientos sociales y sus alcances contemporáneos. Efectivamente desde los setenta del siglo pasado han venido irrumpiendo movimientos sociales de nuevo tipo, con creciente importancia social y política, y referidos a temas específicos o a segmentos de la población, que no están directamente conectados a la cuestión de la clase social, como los enunciados por Serbin.

Paralelamente a este proceso, es un hecho también incontrovertible que ha mercado considerablemente la presencia y el peso político del movimiento obrero en todo el orbe, en razón del curso político que se inaugura con el derrumbe del Muro de Berlín, que no sólo produjo estrabismo y atomización política e ideológica en sus filas, sino que además materialmente redujo sus filas, así como el peso de sus organizaciones y de su movilización, sobre todo en los noventa del siglo pasado. Estos hechos sobre los que se asientan las afirmaciones postmarxistas son innegables, pero discrepamos frontalmente con relación a las deducciones que extrae esta corriente a partir de tales hechos.

Por otra parte, opinamos que a la vez las cuestiones ambientales, de género, de tipo étnico, nacional, cultural, o de opresión sexual, entre otras, siendo peculiares y específicas, están a su vez cruzadas transversalmente por la naturaleza de la explotación en el sistema capitalista (y en tal sentido conectadas indirectamente al eje de clase). Por otra parte, desde el punto de vista prospectivo, su solución radical no puede concebirse aislada de esos cimientos estructurales sobre los que se sostiene.

Así por ejemplo, la defensa consecuente de los recursos naturales no puede verse descontextualizada, ni puede ser efectiva, sino parte por entender que la depredación desahogada y sin restricciones del medio ambiente y los recursos no renovables, opera en un sistema en el que el “afán de lucro” es el norte indiscutido de la lógica de acumulación del capital.

Quisiéramos poner también en el tapete un ejemplo muy debatido, la cuestión de la igualdad o emancipación de la mujer. Sin duda, la opresión a las mujeres es mucho anterior al sistema capitalista, hunde sus raíces en el patriarcado, pero de acuerdo con las agudas indagaciones de Federico Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, justamente el patriarcado se entroniza a partir del surgimiento del excedente en la producción social, y de la apropiación de ese excedente bajo formas privadas, de lo que deviene el origen de la explotación del hombre (y la mujer, agregamos) por el hombre.

No está de más recordar algo que con frecuencia se obvia: es el movimiento obrero y socialista internacional, no solo el que inicia las elaboraciones teóricas en torno a la opresión de la mujer (a partir de autores como Federico Engels, Augusto Bebel y Clara Zetkin), sino que además es el primero que reivindica e impulsa en la práctica el movimiento feminista de masas.

Desafortunadamente, las deformaciones dogmáticas y mecanicistas del marxismo que cundieron de forma totalitaria con el dominio político del estalinismo en el seno de la izquierda oficial durante un largo período (aproximadamente desde 1926 hasta 1989), oscurecieron al extremo estas aportaciones originales. Incluso uno de los primeros signos de la imposición de los intereses de la casta burocrática al interior de la Unión Soviética y del movimiento comunista oficial, lo constituyó el franco retroceso de la legislación muy avanzada que data de 1917 y que dio los primeros pasos en materia de la liberación de la mujer en la sociedad soviética (y no digamos la inclemente persecución que se desató contra los homosexuales y las lesbianas que hasta hace poco más de una década aún persistía en Cuba, por ejemplo).

LA CUESTIÓN DE LA CLASE OBRERA  
Y EL SUJETO PARA LA EMANCIPACIÓN

Conviene despejar aquí también la visión unilateral que, justamente bajo el tamiz del legado estalinista, se presenta sobre la concepción marxista acerca de la centralidad política de la clase obrera. Desde esta perspectiva se acusa de “reduccionista” al marxismo y por lo tanto se presume que niega o desvaloriza la potencialidad de los nuevos movimientos sociales.

Pero esta acusación confunde una serie de cuestiones. Por un lado se interpreta mecánicamente el precepto de Marx de que la clase obrera es la clase explotada fundamental del modo de producción capitalista, y en ese tanto, al decir del Manifiesto Comunista: “con la revolución social no tiene nada que perder más que sus cadenas”. Para empezar, se olvida el hecho de que la clase obrera relativamente homogénea en sus condiciones de explotación de la Europa Central de la primera mitad del siglo XIX hoy en día es un conjunto social mucho más complejo y heterogéneo, con una amplia variedad de estamentos y capas. En todo caso, es innegable el potencial impacto movilizador que tiene la clase obrera en el marco de la lucha de clases, en la medida en que aún mueve las palancas fundamentales de la economía, en virtud de ser la fuerza de trabajo que hace girar la rueda del sistema; por lo que potencialmente tiene un peso estratégico que aún se mantiene, en cualquier perspectiva de transformación social anticapitalista.

Asimismo, el aforismo contenido en *El capital* de Marx (el “capitalismo con el desarrollo de la clase obrera crea sus propios sepulcros”), se toma literalmente, simplificando y vulgarizando su contenido, perdiendo de vista la distinción que hace el marxismo entre “clase en sí” (lo objetivo) y “clase para sí” (lo subjetivo). Es decir, el hecho de que el marxismo apueste a desarrollar en la clase obrera tal potencial revolucionario, no implica que esta automáticamente lo ejerza en concreto y en cada situación, independientemente de su grado de organización y conciencia de sus intereses históricos, considerando además que la clase obrera real suele estar subyugada por la alienación que engendra el capitalismo.

Por ello el problema político central para el marxismo es la construcción de una subjetividad revolucionaria de la clase obrera y de los sectores oprimidos aliados a la misma. Sin conciencia de clase y sin organización política propia, la clase obrera es simplemente “carne de explotación”, es decir, lo es solamente porque ocupa un lugar determinado en las relaciones sociales de producción (estructura económico-social) pero no porque asuma conciencia de ello y actúe en consecuencia (“clase para sí”).

Simultáneamente, la tergiversación del marxismo en un enfoque cerradamente “obrerista” o “economicista”, obvia que justamente uno de los problemas centrales para el marxismo ha sido la articulación de la alianza social revolucionaria para enfrentar al poder dominante: ni más ni menos que el problema de cómo la clase obrera podía devenir “hegemónica” respecto del conjunto de las clases y sectores oprimidos y explotados.

Como lo señalan Albamonte y Castillo, tal postura marxista no implica

... el desconocimiento del peso que las reivindicaciones de género, ecológicas o nacionales tienen en la lucha anticapitalista, sino plantear que es una “utopía reaccionaria” creer que estas pueden resolverse progresivamente sin terminar con la explotación capitalista. (...) Así como la economía capitalista mundial no es un mero agregado de partes nacionales, tampoco un proyecto de emancipación social puede surgir del mero agregado de demandas particulares. Si los diferentes problemas que han puesto sobre el tapete los “nuevos movimientos sociales” no encuentran un eje articulador en un proyecto de transformación social global serán, a su manera, tomados por el capital; es decir, transformados en fuente de inspiración para nuevos negocios capitalistas<sup>30</sup>.

30 Castillo, Christian y Albamonte, Emilio. “Desafiando la miseria de lo posible: discutiendo desde Trotsky con las ideas dominantes de nuestra época”. *Panorama Internacional* 21, septiembre. Buenos Aires, 2004: 29-30.

Finalmente, uno de los mitos más difundidos en la literatura académica de fin de siglo es el que sostiene la tesis del “adiós al trabajo”, y por ende del “fin de la clase obrera”, o cuando menos, de la pérdida de su protagonismo o centralidad en la escena socioeconómica y política del nuevo siglo XXI, en virtud de los cambios que supone la “globalización” y el nuevo orden mundial post Yalta.

Pero, ¿en qué se fundamenta ese supuesto proceso de extinción de la clase obrera? Nuestra opinión coincide con la de Castillo y Albamonte: que sostienen que, lejos del fin anunciado, asistimos

... (a) una reconfiguración de la situación de la clase obrera, caracterizada por el aumento de la precarización, feminización, extensión social y geográfica y “dualización” en la situación de los asalariados... En realidad lo que hacen las tesis del “fin del trabajo” es ocultar que el crecimiento de la precarización del empleo no significa que el capital haya prescindido del trabajo asalariado, sino que ha combinado la aplicación de políticas “flexibilizadoras” que avanzan sobre las conquistas logradas por los trabajadores en

el siglo XX, con la “intelectualización” de una fracción de la fuerza de trabajo. De ahí que muchos de los que apoyan estas tesis tiendan a amalgamar el hecho que los nuevos puestos de trabajo que se crean son “precarios” y “flexibles” (cuestión cierta) con la afirmación de que no “hay más trabajo” (cuestión falsa)<sup>31</sup>.

Al mismo tiempo, tales procesos de precarización y flexibilización de la fuerza de trabajo, se ven acompañados con un incremento notable del desempleo. Sin embargo, esta desocupación estructural se da a la vez en el marco de un crecimiento numérico de la población asalariada al nivel mundial. En la obra citada, Albamonte y Castillo comparan la cantidad de población ocupada en 1980/82 con la de los años 2000/02. Esta información revela categóricamente que estamos muy pero muy lejos de pensar siquiera en una tendencia a la extinción de la clase obrera. El cuadro que presentamos a continuación confirma lo anterior. Si agrupamos los datos de una serie de veintiocho países, catorce de los cuales son ubicados en las estadísticas como “altamente industrializados” y catorce como “países en desarrollo” tenemos lo siguiente:

CUADRO COMPARATIVO SOBRE LA CANTIDAD DE POBLACIÓN OCUPADA  
PERIODOS 1980-1982 Y 2000-02

PAÍS	OCUPADOS 1980-82	OCUPADOS 2000-02	DIFERENCIA	DIFERENCIA EN %
Holanda	5 017 000	7 879 000	2 862 000	57,05
Irlanda	1 137 000	1 706 000	569 000	50,04
Australia	6 351 000	9 161 000	2 810 000	44,25
EE.UU.	99 742 000	136 770 000	37 028 000	37,12
España	11 536 000	15 770 000	4 234 000	36,7
Canadá	11 071 000	15 133 000	4 062 000	36,39
Portugal	3 929 000	5 046 000	1 117 000	28,43
G. Bretaña	24 200 000	27 989 000	3 789 000	15,66
Japón	55 850 000	63 960 000	8 110 000	14,52
Francia	21 387 000	24 174 000	2 787 000	13,03
Dinamarca	2 404 000	2 692 000	288 000	11,98
Italia	20 324 000	21 262 000	938 000	4,62
Finlandia	2 343 000	2 349 000	6 000	0,26

*continúa...*



## Continuación...

PAÍS	OCUPADOS 1980-82	OCUPADOS 2000-02	DIFERENCIA	DIFERENCIA EN %
Suecia	4 225 000	4 214 000	-11 000	-0,26
Venezuela	4 788 000	9 308 000	4 520 000	94,4
Malasia	5 035 000	9 459 000	4 424 000	87,9
México	21 393 000	38 620 000	17 227 000	80,5
Egipto	9 953 000	17 380 000	7 427 000	74,6
Chile	3 157 000	5 464 000	2 307 000	73,1
China	437 937 000	729 500 000	291 563 000	66,6
Indonesia	54 678 000	90 764 000	36 086 000	66
Filipinas	17 859 000	28 930 000	11 071 000	62
Brasil	46 696 000	75 458 000	28 762 000	61,6
Tailandia	21 670 000	33 243 000	11 573 000	53,4
Sud Corea	14 028 000	21 433 000	7 405 000	52,8
Pakistán	25 096 000	36 847 000	11 751 000	46,8
Taiwán	6 677 000	9 437 000	2 760 000	41,3
Argentina	10 285 000	12 738 000	2 453 000	23,9

Fuente: Datos tomados de *Labour Force Statistics 1982-2002* (OCDE, 2003). Rojas, Mauricio. *Mitos del milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis*. Buenos Aires: Timbro, marzo 2004.

Chris Harman, por su parte, ha calculado el tamaño de la clase trabajadora empleada a nivel mundial, en alrededor de 700 millones de personas, con aproximadamente un tercio de estos en la industria y el resto en los servicios, señalando incluso que

... el tamaño total de la clase obrera es considerablemente mayor que esta cifra. La clase también incluye a los que dependen del ingreso que proviene del trabajo asalariado, de los parientes o de los ahorros y pensiones que resultan del trabajo asalariado pasado —es decir, esposas no empleadas, niños y personas mayores retiradas. Si se agregan esas categorías, la cifra total de trabajadores a nivel mundial llega a estar entre 1500 y 2000 millones. Cualquiera que crea que le hemos dicho ‘adiós’ a esta clase no está viviendo en el mundo real<sup>32</sup>.

Para terminar estas reflexiones, queremos mencionar que no hemos enfatizado (sino solamente enunciándolo de pasada) que el problema numérico o cuantitativo de la clase obrera no es lo decisivo, si se quiere articular un proyecto de transformación social revolucionaria. En realidad ello nos lleva a un desafío de una enorme complejidad, puesto que si aceptamos las transformaciones que ha experimentado y la diversidad que supone la definición de un sujeto social de dicha transformación, esto es apenas el inicio de la problematización, la otra gran pregunta pendiente es ¿Cuál ha de proponerse como el sujeto político revolucionario?, esto nos conduce también a preguntarnos: ¿Cuáles son los instrumentos y medios en el campo de la acción política en esa perspectiva? Cuestión medular que deber ser objeto de una

los sectores de la “nueva clase media” que obtiene pagos superiores al valor que crea a cambio de ayudar a controlar a la masa de trabajadores, sectores que en conjunto suman alrededor de un 10% del total de asalariados. El trabajo de Harman toma como fuente el estudio de Deon Filmer, “Estimating the World at Work”. Informe para el Banco Mundial, Informe del Desarrollo Mundial 1995. El trabajo está disponible en el sitio web del Banco Mundial.

32 Harman, Chris. “The workers of the world”. *International Socialism* 96. Gran Bretaña, 2002. Del total de empleados asalariados que existen en el nivel mundial están descontados los sectores de la burguesía que reciben salarios corporativos y



discusión específica de mucha relevancia (o más precisamente: urgencia) en la actualidad.

Haciendo un balance retrospectivo debemos reconocer que el movimiento altermundista ha tenido la extraordinaria virtud de retomar la crítica al capital (con todas las limitaciones que le observemos y las discrepancias que tengamos con sus formulaciones) y además el mérito indudable de colocar esa crítica en un escenario global, es decir, de volver a traer a cuenta el tema del anticapitalismo y la “resistencia” desde el plano internacional, luego de la larga noche reaccionaria que experimentamos en los noventa, con la dictadura ideológica del neoliberalismo en su pleno apogeo.

Pero el reconocimiento anterior, no nos exime, sino que por el contrario, nos obliga a someter a la crítica sin concesiones a los postulados del postmarxismo que se liga a dicho movimiento altermundista, políticamente de la mano de la vieja socialdemocracia europea y sus nuevos aliados latinoamericanos de la nueva ola socio-liberal que expresa Lula en Brasil, para recrear así en el plano teórico nuevas versiones de un añejo reformismo, que siempre procuró y procura limar el filo revolucionario del marxismo. Si en algo hemos contribuido a reivindicar ese filo histórico y presente, estaremos más que satisfechos.

#### BIBLIOGRAFÍA

- A. Arato y J. Cohen. *Sociedad civil y teoría política*. Cambridge: MIT Press, 1998.
- Arcary, Valerio. “Cinco polémicas sobre los pronósticos del Capital y el balance de la Historia”. *Revista Herramienta*. Octubre. Buenos Aires, Argentina, 2003.
- Arditi, Benjamín *et ál.* *¿Democracia Post Liberal?: el espacio político de las asociaciones*. México: Antrophos-ISS/ UNAM, 2005.
- Bacca Olamendi, Laura. “Pluralismo”. L. Bacca, *et ál. Léxico de la Política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Bobes, Velia Cecilia. “Ciudadanía”. L. Bacca, *et ál. Léxico de la Política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Castillo, Christian y Albamonte, Emilio. “Desafiando la miseria de lo posible: Discutiendo desde Trotsky con las ideas dominantes de nuestra época”. *Panorama Internacional* 21, septiembre. Buenos Aires, 2004.
- Grassi, Estela. *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal*. Buenos Aires: Espacio Editorial, 2003.
- Harman, Chris. “The workers of the world”. *International Socialism* 96. Gran Bretaña, 2002.
- Jeffrey Alexander. “Sociedad Civil”. L. Bacca *et ál. Léxico de la Política*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Lechner, Norbert. “Tres formas de coordinación social”. *Revista de la CEPAL* 61, abril. 1997.
- Lenin, Vladimir I. *El imperialismo y los imperialistas*. Moscú: Editorial Progreso, 1977.
- Marx, Carlos y Engels, Federico. *El Manifiesto Comunista. Obras escogidas*. Edición en español. Moscú: Editorial Progreso, 1979.
- Pavlovsky, Eduardo. Introducción al texto de James Petras: *Globaloney*. Buenos Aires: Publicaciones Herramienta, 1997.
- Petras, James. “Los intelectuales en retirada”. *Revista Nueva Sociedad* 116, noviembre-diciembre. Caracas, 1991.
- Rojas, Mauricio. *Mitos del Milenio. El fin del trabajo y los nuevos profetas del Apocalipsis*. Buenos Aires: Timbro, marzo 2004.
- Serbin, Andrés. “La sociedad civil transnacional y los desafíos de la globalización”. *Ciudadanía y mundialización*. México, DF: CEFIR, CIDEAL, INVESP, 2003.